

cual brilla el carácter.—¡Ahora veo cuán lejos estáis de lo que debo enseñaros! ¿No os lo he dicho todo? ¿Acaso debo aún deciros expresamente que debéis sosteneros en lo que habéis emprendido, no sólo por lo que se refiere al sentimiento, sino también á los actos? En medio de todas las dificultades, mientras haya un deber que cumplir, permaneced firmes hasta el fin; y, para decirlo todo con una sola palabra, con una palabra noble y excelente, con una palabra que, para nuestros antepasados, era tan querida y sagrada como la vida, permanecer *constantemente* firmes. ¿De qué sirve un buen comienzo, cuando no se persevera? ⁽¹⁾ ¿Acaso, para la mayoría, no es la inconstancia en el bien, mucho más que la maldad, la razón por la cual falten al fin que se propusieron? ⁽²⁾ ¿Cuán poco necesitan algunos! ¿Cuán indiferentes son los dones que tenga y la profesión que ejerza, con tal que sea constante! Poco importa que lo que uno ejecute ó posea sea grande ó pequeño; todo depende de que sea constante en el bien y en el honor. ⁽³⁾ En nuestra época, la madre inculcaba ya á sus hijos desde la infancia, aun á los más pequeñitos, la constancia, como la mayor entre todas las virtudes. ⁽⁴⁾ Cualquiera que fuese la estimación que mostrásemos á las mujeres, no las estimábamos, sino cuando habían unido á la primera virtud de su sexo, la modestia, la virtud más grande de todo el género humano, ⁽⁵⁾ la constancia. ⁽⁶⁾ La mayor alabanza que se podía tributar á uno de aquellos caballeros profanos, cuando se le quería lisonjear, era ésta: «Tienes un valor constante.» ⁽⁷⁾

«En aquel tiempo, se suponía entre los héroes cristia-

(1) Bernard., *Ep.* 129, 2. Titurel (Hahn), 529, 1 y sig.

(2) Thomasin von Zerklære, *Der wælsche Gast*, 1816 y sig., 2530 y sig., 4345 y sig. Marner, 15, 25 (Hagen, II, 253).

(3) Heinrich von Meissen (*Frauenlob*) *Spr.* 381 (Ettmüller, 215 y sig.).

(4) *Die Wînsbekin*, 13, 3; 18, 3 y sig., 39, 2 (Haupt). Heinr. von Meissen *Spr.*, 44, 4 (Ettmüller, 53).

(5) Willehalm v. Heinzenburk, 4, 1 (Hagen, *Minnes.*, I, 304). Hugo von Langenstein, *Martina*, 22, 111 (Keller, 56). Thomasin, 1457.

(6) Thomasin, 990, 1013, 1069, 1417.

(7) Koenig Rother (Rückert, 1255).

nos, los cuales, por otra parte, debían poseer todas las virtudes, ⁽¹⁾ la constancia, ⁽²⁾ puesto que, sin ella, ninguna virtud puede considerarse como completa. ⁽³⁾ Si la verdad y la certeza eran para nosotros la base fundamental sobre la cual todo reposaba, y la fidelidad á la convicción, el amparo y protección de todo bien en el alma, veíamos en la perfección de una vida virtuosa, á saber, en un carácter, en la solidez inmutable de sentimientos, ⁽⁴⁾ el reflejo de la inmutabilidad de Dios; ⁽⁵⁾ y esta perfección no puede adquirirse, sino con el tiempo, por la fidelidad constante á la verdad una vez reconocida, y por la tenacidad y el ejercicio de la voluntad en las buenas acciones.» ⁽⁶⁾

«Ahora sabéis cómo nosotros comprendíamos el carácter en la Edad Media. Es lo que hemos querido enseñaros. Así, pues, imitadnos. Pero no os imaginéis que el carácter puede formarse en el intervalo de algunos días, y que algunos artificios de pensamientos y acciones basten para esto. Sabed que la formación del carácter es un trabajo de toda la vida, y que el carácter comprende todo lo que pertenece á la vida interna; en otros términos, es el hombre interno completo.»

9. Lo que pertenece á un carácter.—¡Un trabajo de toda la vida y el hombre interno completo! Esto es, propiamente hablando, la mayor dificultad para nosotros, y en ello es donde más podemos aprender de nuestros abuelos. Siempre y en todas partes donde echamos la sonda, descubrimos el mayor mal, en la formación moderna, en que apenas tiene principios, y en que, á pesar de los innumerables pesos con que carga á la inteligencia, no penetra sino un aspecto del hombre. Tan pronto excita á la imagina-

(1) *Kaiserchronik*, 15102 (Massmann, II, 394).

(2) *Kaiserchronik*, 15096 (Massmann, II, 394). Kuonrât, *Rolanslied*, 214 4522 y sig.

(3) Hugo von Langenstein, *Martina*, 23, 40 y sig. (Keller, 57). Zingerle, *Die deutscher Sprichwörter im Mittelalter*, 450 y sig.

(4) Bernard, *De div.*, S. 41, 10. Hugo von Langenstein, *Martina*, 22, 23 y sig. (Keller, 57).

(5) Bernard., *De div.*, S. 111, 7; *De consider.*, 5, 14, 31.

(6) Thomasin, 4345 y sig.

ción de un modo exclusivo, como á la inteligencia y al sentimiento,—á la voluntad muy rara vez;—pero jamas á todas las facultades juntas, jamás al hombre completo. Así es como ha crecido una generación de hombres inteligentes, pero desprovistos de sentimientos; de críticos racionalistas, que, á fuerza de razonar y descomponer, se malogran ellos mismos la sola cosa que creían poder reivindicar, á saber, una razón sana; una generación de criaturas sentimentales, incapaces de voluntad, seres fantásticos, sin cabeza ni fuerzas, sin medida y dominio personal, sin gravedad ni profundidad; y algunas veces también, una generación que quiere hacer creer que la obstinación indomable y la arrogancia llevada á sus últimos límites, constituyen la fuerza de voluntad. Esta generación no contiene un carácter, porque no cuenta con un hombre completo. Esto, sin duda alguna, es el mayor mal que puede suceder á una época. En rigor, se pueden reparar más tarde otros defectos; pero una vez que la educación ha pecado de exclusivismo, lo sentirá toda su vida y hará inútiles casi todos los esfuerzos para la formación del carácter.

Desgraciadamente, es un hecho innegable que esta acusación contra la formación del carácter en nuestra época, descansa sobre la verdad, puesto que se ha llegado hasta exigir el exclusivismo como una de las condiciones para su formación. ¡Cuántas veces se repiten las palabras de un hombre medio loco, como si fuesen una verdad enteramente natural, esas palabras funestas, que hacen imposible poder conciliar la conciencia y la energía, la reflexión y el fuego del corazón, para hacer de ellos un todo en la vida y en la acción! Nos referimos á estos conocidos versos que no oímos jamás pronunciar sin sentirnos indignados:

«La conciencia hace poltrones de todos nosotros. Todo el fuego de la más determinada resolución se descolora y se extingue ante el pálido resplandor de esta idea. Los proyectos dados á luz con la mayor audacia y energía, retroceden en su curso ante ese aspecto, y vuelven á la na-

da de la imaginación.» ⁽¹⁾ ¡Y en seguida se acusa á Dios, que está en el cielo, de haber suscitado otra vez el hierro, de haber amontonado las rocas para formar montañas, y de no enviarnos ya hombres ni caracteres! ¡Por Dios vivo, que esto es una gran injusticia! ¿Es acaso Dios la causa de que hayamos desechado su escuadra, y de que, por esta razón, no podamos ya construir ni edificar? ¿No podemos ya, bajo la dirección de su ley, llegar á ser, hoy como otras veces, hombres de carácter?

Echemos atentas miradas, y con intención de instruirnos, sobre los que, antes que nosotros, han llegado á ser caracteres tan completos, al formar su espíritu según las enseñanzas de Dios y al subordinar su voluntad á sus preceptos. Si ellos han tenido buen éxito, ¿por qué no llegaremos á crear en nosotros una vida de una sola pieza, á formar el hombre interno y externo según una misma ley? ¿Por qué no llegaremos nosotros á conciliar la fe con la vida, una inteligencia laboriosa con una voluntad que no retroceda ante ningún obstáculo; la inflexibilidad de la conciencia con la docilidad del espíritu; el cumplimiento de las más pequeñas obligaciones de aquí bajo con la adhesión á Dios con toda nuestra naturaleza; el cuidado de nuestra alma, el honor de Dios y el servicio de los que reclaman nuestro socorro, la renuncia de la gloria, de la estimación del mundo, la indiferencia por los juicios, las amenazas, las promesas, las burlas de los hombres, con una esperanza cierta en una recompensa celestial y eterna; la humilde confesión de nuestra indignidad, la rectitud, la verdad, la sencillez y la generosidad, la reflexión, la medida, la prudencia, con la fidelidad al deber conocido, á las resoluciones una vez tomadas y á las empresas comenzadas? Todo esto debe encontrarse en un acuerdo natural; sin esto, carecemos de carácter. Sin duda es difícil, pero el ejemplo de los millares de personas en que el Cristianismo ha llegado á ser una verdad, nos demuestra que no es imposible.

Ya lo vemos, el hombre debe llegar á ser mucho para ser

(1) Shakespeare, *Hamlet*, III, 1.

alguna cosa, y debe ser siempre y en todas partes lo que ha sido una vez. Aun más, el hombre debe serlo todo, y todo á la vez, todo en una magnífica unidad; y puede serlo, sino es más que una cosa y siempre esta misma cosa; él mismo. Y lo será siempre y en todas partes, si todo lo que es y todo lo que hace, lo saca de su interior, sin vaciarse él mismo y cambiar sin cesar. Ahora bien, esto no puede tener lugar, si no está basado sobre Dios de una manera tan sólida, que siempre y en todas partes beba en Él, viva en Él, y no le abandone jamás. He aquí el gran secreto del carácter.

10. La formación del carácter es un trabajo difícil y enojoso.—Ya hemos admitido que esto precisamente no es cosa fácil de adquirir. El carácter no es innato al hombre natural, ni un don que el cristiano encuentra en su cuna en el día de su bautismo. El carácter es un resultado de un trabajo largo y difícil, y aun de un trabajo de toda la vida. Hablar de un carácter acabado en un hombre viviente, no es más posible que hablar de una virtud perfecta. Si nos fuera permitido echar una mirada al corazón de un hombre que veneramos como un modelo de carácter bien templado, experimentaríamos el mismo sentimiento que si entrásemos en el taller de un gran maestro, en el momento en que va á dar la última mano á su obra. Allí donde nuestro ojo poco ejercitado cree deber admirar lo acabado, el artista encuentra que hay todavía pedazos enteros que es preciso quitar y añadir. Así es como no termina jamás de pulir las asperezas y hacer desaparecer las imperfecciones. De ahí esas luchas y suspiros interminables de nuestros más perfectos Santos. El espíritu desabrido de la crítica moderna cree poder dar como prueba contra su fe, su propia confesión sobre sus imperfecciones y medianías. No tiene idea del inmenso elogio que, por este mismo hecho, dirige á la fe cristiana, la cual ha abierto á sus fieles un campo tan vasto de sublimes virtudes, que aun los caracteres más perfectos aparecen ante su luz como informes y medio terminados.

11. Manera cristiana de formar el carácter.—Pero si tan importante es formar el carácter, todo depende de la respuesta á estas preguntas: ¿Cómo podrá lograrse esto? ¿Por dónde se ha de comenzar? ¿De qué principio partir? ¿Qué hay que desenvolver y formar? Sin duda alguna, la naturaleza del hombre debe formar el punto de partida. Lo que siempre hemos afirmado allí donde se trataba de la formación del hombre y del cristiano, se aplica también al carácter. El primer principio de toda formación consiste en que todo sano desenvolvimiento debe basarse en las disposiciones naturales y las inclinaciones innatas de cada uno. Esto es muy fácil de decir, pero muy difícil de realizar. ¿Quién puede decir á alguien, sin engañarse y sin engañar á otro, lo que es la naturaleza y la no naturaleza, una preferencia legítima, una disposición natural, una particularidad, una excrecencia peligrosa, una inclinación descuidada? El que quiera ser su propio consejero en estas materias, sigue á un ciego, puesto que un juez es siempre ciego en su propia causa. ¡Cuántas veces cultivamos con particular predilección una inclinación de nuestra alma que creemos es inofensiva y aún legítima! ¡Pero cuántas veces también un maestro ó un libro ha despertado en nuestro corazón, y nos ha representado como naturales, ciertos movimientos en los cuales no encontrábamos nada reprehensible y que más tarde ha levantado en nosotros terribles tempestades! ¡Qué amarga decepción para nosotros! Hay, pues, necesidad, en estos casos, de un consejero seguro, que no pueda engañarse ni engañarnos. No hay más que una luz que dé más vivo resplandor que la razón humana; no hay más que una iluminación sobrenatural que alumbre, así nuestra corrupción innata, como el fin de nuestra más alta perfección, que pueda esclarecer, así los abismos del corazón y de la naturaleza, como el camino que conduce á la perfección, de tal manera que no podamos descarriarnos. No hay más que un guía incorruptible, extraño á todos los miramientos humanos, y completamente imparcial para con las exigencias de la naturaleza, que

pueda enseñarnos lo que es la verdadera naturaleza y lo que es pecado contra ella, las cualidades que es preciso desarrollar, los defectos que hay que suprimir y la manera de conducirse en este trabajo.

No obstante, no es con simples consejos, y con la mejor enseñanza, como se forma un carácter. Un profesor que no tenga sino bellas palabras en la boca, pero que carezca de fuerza para hacer pasar sus enseñanzas á la práctica, es la ruina del que debe formar. La razón por la cual encontramos tan pocos caracteres aquí bajo, consiste en que muy pocos han tenido la dicha de topar con un maestro que conozca á fondo el corazón, que no solamente le comprenda, sino que también posea la fuerza de perseguir, hasta en los repliegues más recónditos, y arrojar de ellos, toda la corrupción de la naturaleza que ha indicado con sus palabras. ¿Cómo un carácter recto podrá salir de la falsedad, que viene á ser como natural en nuestro corazón desde el momento en que se deja llevar, si una mano firme no nos hace el servicio de enderezarnos? ¿Cómo un carácter sólido podrá formarse sin una disciplina que le sea apropiada y sin una mano firme que le dirija hacia su fin, á pesar de todas sus tentativas para evitarlo?

No tenemos necesidad de preguntarnos largo tiempo quién nos hará este servicio. Todos conocen á ese Maestro infalible. Los que huyen de Él, por la razón de que su mano les parece demasiado severa, son en verdad los últimos que pueden hacer valer el falso pretexto de ignorarlo. La fe cristiana, con todos los medios que por sí sola posee para sondear nuestro corazón, la fe cuyo poder sobrepuja en mucho á nuestras medianías y debilidades humanas, es la mejor prueba de su origen sobrenatural. Frente á ella, la astucia insondable del amor propio y de la vanidad, la raíz propiamente dicha de todos los defectos del carácter, queda reducida á la impotencia. Posee, para formar el corazón, un medio que ningún otro maestro tiene á su disposición, un medio que le procura un conocimiento del co-

razón como jamás psicólogo alguno lo ha poseído, un medio que tiene aún entrada donde ningún poder penetra en los más secretos pensamientos, en los deseos y movimientos más ocultos del corazón, un medio que es el enemigo jurado de toda adulación, de toda hipocresía contra nosotros mismos, un medio, en fin, que es la muerte de la ambición, del egoísmo, de la ilusión personal; tal es la confesión.

Que no se extrañen que de nuevo repitamos esta palabra atrevida. Aun cuando la confesión no tuviese más importancia,—y tiene otras que son infinitamente superiores,—que ser el medio más poderoso é incorruptible, y á menudo el único que purifica el carácter, no daríamos por ello bastantes gracias á Dios. Aun aquellos que, para sí mismos, temen este medio, como el que sufre un cáncer teme el escalpelo del médico, saben apreciarlo, desde este punto de vista, cuando tienen en sus manos un niño sobre el que todos los ensayos de educación no dan resultado alguno. Es sin duda alguna singularmente injusto exigir del sacerdote que repara en cinco minutos, en un niño que le han llevado á confesar, como si hubieran querido afligirle con el mayor de los castigos, los crímenes que diez años de falsa educación, de trastorno calculado de todas las disposiciones del carácter, han producido en él. Sin embargo, hay por lo menos aquí la declaración de que la confesión posee, para formar el carácter, un poder que ofrece todavía algún resultado ventajoso, cuando los otros medios de disciplina no son ya suficientes.

Peró tres condiciones son necesarias para que la confesión alcance este fin. Sólo puede tener esta eficacia, en el caso de que no se la estime como una práctica al arbitrio de cada uno, sino como un carácter de un orden absoluto. Allí donde no se la reconozca como obligación, y como obligación santa y divina hacia Aquél que sondea los corazones, y como obligación de descubrir todo lo que pasa en nuestro interior, así la acción como la intención, lo que es manifiesto como lo que está oculto, produce un efecto más

funesto que si no se usara. Si se abusa de ella de este modo, —¿y de qué no abusa el hombre?—no puede producir sino perjuicio al carácter, favoreciendo el disimulo y la ilusión personal, en vez de la rectitud.

La tercera cosa, en fin, que se requiere para que la confesión sea un beneficio,—lo que puede llegar á ser en realidad,—es precisamente lo que el estrecho orgullo del corazón ve más humillante en ella; es la exigencia de que esté colocada bajo la salvaguardia de una autoridad superior. Acusarme á alguien, á quien abro mi corazón, como á un amigo que se interesa por mí, puede, es verdad, aligerar la carga que pesa sobre mi alma. Pero jamás semejante confesión podrá mejorar y curar. Solamente allí donde tiene lugar ante un poder que, en nombre de la justicia incorruptible, nos dice la verdad, censura lo que es censurable, castiga lo que merece ser castigado, y nos prescribe, en nombre de Dios, los medios de purificación y arrepentimiento de que tenemos necesidad, puede colmar las esperanzas que, con razón, se fundan en ella.

12. La vocación artística del cristiano consiste en la imitación de Jesucristo.—Á pesar de todo esto, poco adelantariamos con tener, por medio de la fe, la instrucción más segura, y, por el Evangelio, el medio mejor para formar el carácter, si no pudiéramos contemplar, viviente ante nosotros, el carácter que en nosotros debemos formar. Para dicha nuestra, el Cristianismo es tan rico en caracteres completos, que todos podemos escoger modelos perfectos que nos hagan fácil la imitación de lo que ellos nos han enseñado. Porque ellos mismos son todos modelos de un ideal de carácter incomparable, de cuya perfección, á pesar de todos sus esfuerzos y de todas sus penas, no han podido apropiarse, sino una pequeñísima parte. Por lo que el medio más sencillo para formar el carácter es, para todos sin excepción, la imitación efectiva del Señor. Sin Dios, no hay hombre completo. Solamente en Jesucristo, y según Jesucristo, puede llegar á ser perfecto un carácter.

El mundo forma también caracteres honrosos, y, en muchas cosas, caracteres dignos de imitación, pero casi siempre caracteres inevitablemente exclusivos. Hace lo que puede, y del modo como ve realizados los principios inventados por los hombres. Pero, en la persona de su Redentor, el Cristianismo posee el modelo de la más alta perfección y de la más hermosa medida de desarrollo igual en todas las virtudes. De aquí que sea, para él, cuando ve esto, mucho más fácil desarrollarse armoniosamente que para otro cualquiera, que no ha tenido la dicha de conocer al Señor, ó que ha tenido la desgracia de perderle.

Pueden siempre alabarnos á los griegos como el pueblo del arte plástico. ¡Que les aproveche la alabanza! Aprendieron maravillosamente á tallar en una piedra preciosa una apariencia de vida rígida y sin inteligencia; pero, con esto, no quitaron nada al cristiano que conoce su misión, pues tiene una profesión mucho más noble que la de escultor. Su arte consiste en formar, con tierra y con un alma llena de pasiones y de imperfecciones, un carácter completo, un hombre completo. Ni los griegos ni los antiguos en general tuvieron buen éxito en hacer esto. Nadie se extrañará de ello. ¿Cómo puede esperarse, del que jamás ha visto un modelo de una perfección sin mancha, una copia sin defecto? El cristiano tiene la dicha de ver ante sus ojos tal modelo de perfección. Mientras que los sabios antiguos buscaban en vano un ideal, en el cual pudiesen ver enteramente y de una manera viviente lo que presentían sólo de una manera vaga y oscura, el cristiano tiene ante sus ojos, desde su juventud, en el momento en que su tierno corazón es aún accesible á las impresiones, la imagen incomparable de una grandeza, de una fuerza, de una gracia, de una plenitud, de una profundidad de carácter tal, que jamás desaparece de la memoria, aunque sólo la haya visto una vez, y que provoca á la imitación.

¡Dios quiera que ningún cristiano tenga jamás la desgracia de olvidar aquello á lo cual le obliga este modelo! ¡Qué todos puedan reconocer como misión de su vida la obligación